

**ACERCA DEL 'TEXTUALISMO'  
Y LA 'FRAGMENTACIÓN'  
PROPIOS DEL  
POSESTRUCTURALISMO Y  
LOS ESTUDIOS CULTURALES.  
UN BALANCE DE LOS LÍMITES  
EPISTEMOLÓGICOS Y  
POLÍTICOS DE SUS  
PRESUPUESTOS**

---

*Gina Induni Alfaro*

Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA)

**T**alvez no sea ocioso el ejercicio de plantear algunos de los supuestos teóricos y epistemológicos más importantes del Estructuralismo tan de moda hoy en día —incluido su desarrollo “*post*”—, frente a uno de los programas teórica y políticamente más consolidado como lo es el llamado Marxismo Occidental. Nos interesa aquí desarrollar un balance de sus propuestas en un doble sentido. Por una parte, la capacidad de los programas para dar cuenta de cómo se construye el conocimiento de la realidad. Esta es nuestra preocupación filosófica y más concretamente epistemológica. Por otra parte, la dimensión de su compromiso

político, a nuestro entender, la capacidad crítica de sus propuestas para efectuar una auténtica lectura histórico-social del capitalismo, sin menospreciar la crítica también muy necesaria, de otros grandes paradigmas de la exclusión, fundados en el género, la etnia o la edad, por solo citar unos cuantos.

Nuestra lectura, digámoslo ya, no será solamente discursiva. Sin el afán de desdeñar los horizontes abiertos por el proyecto estructuralista y su defensa a ultranza del carácter discursivo de la conciencia —¿y de la realidad?—, no podemos dejar de pensar en la materialidad que soporta la estructura. No digamos sólo económica. Agreguemos, ideológica —aunque este sea un término que no gusta a muchos— y cultural.

¿Qué nos proponemos entonces? De seguro no será agotar la discusión que ha de ser prolífica. Mucho menos detentar un criterio de verdad absoluta que convierta en maniqueo nuestro ejercicio intelectual. Más modestamente, sólo esperamos presentar a ustedes algunos de los puntos de encuentro y de conflicto que, como si pudiésemos sentar a la misma mesa a dos exponentes ejemplares del Estructuralismo y del Marxismo Occidental, de seguro les escucharíamos proferir. Claro está, sin obviar que quien les escribe lo hace, como sugieren los estructuralistas, desde sus propias fracturas.

Sin ánimo ni pretensiones de “saturar” el tema, permítaseme hablar en primer término de cómo surge mi interés en él.

Tres grandes programas teóricos y heurísticos trazaron mi experiencia por las aulas cuando siendo estudiante de Psicología me interesé por los problemas epistemológicos y políticos. De un lado el programa positivista, anclado fuertemente bajo la defensa de científicidad. Del otro, el programa estructuralista en fuerte lucha con él y en alianza con las interpretaciones de sentido de la realidad, a la que sólo sería dable acceder por intermedio del lenguaje y de la experiencia del sujeto. Finalmente, el programa materialista representado en la psicología

dialéctica, mismo que con una definición menos radical pero no menos sólida que los anteriores, propugna que la conciencia ha de entenderse como un reflejo subjetivo de una realidad objetiva.

Más tarde, afuera de las aulas, la pregunta por los procesos identitarios y en particular las identidades juveniles, se fue haciendo cada vez más sólida para mí. Me parecía que las dos primeras respuestas, a saber, las ofrecidas por los dos primeros programas, eran sobradamente más fáciles que cualquier intento por explicar la conciencia basada en que las premisas de la materialidad y la subjetividad coexistieran juntas. Y más aún, de que en este proceso el determinismo del que han sido fuertemente criticados Marx y sus adeptos, no fuera parte de los supuestos. Ahora me parece que este momento, álgido para la reflexión teórica y política sobre *el tema grande y pequeño de las identidades*, es una buena ocasión para debatir sobre el asunto. A eso vamos.

Digamos una vez más lo que parece consenso en gran parte del trabajo académico y político de nuestros días. Bien sea que seamos detractores del capitalismo y del posmodernismo, su lógica cultural (pensamos en la definición que del mismo hace Jameson), o por otra parte, que dentro de un liberalismo más o menos acérrimo celebremos su última versión (para algunos parte de una nueva sociedad de conocimiento —Lyotard—, de la información —Castells—), lo cierto es que nadie se atrevería a cuestionar la imperiosa dimensión global, o mejor aún global (en el sentido que deja entrever Canclini), que tienen hoy día los procesos económicos, políticos e identitarios. El escenario académico y de forma no idéntica el político, ha releído en las identidades nacionales la consagración silenciosa del poder de la oligarquía, que al levantar la construcción simbólica y material del Estado nacional, se convertía a sí misma en administradora más abiertamente de los símbolos nacionales, y más encubiertamente del poder y de la historia. La caída del Muro y de los “socialismos reales” (pero no del marxismo como “teoría crítica del capitalismo real”, Grüner, 1998) constituyó para algunos el clímax de una crisis política tras de la cual solo habrían quedado algunos resabios teóricos,

insuficientes para estructurar otro gran proyecto político o teórico para dar cuenta de la realidad y del cambio social. Ahora, el recurso al *post*, al multiculturalismo, a la micropolítica, a lo global y local, a las identidades en sentido amplio, y parte de esto a los nuevos movimientos sociales (las feministas, los campesinos, los indígenas, los jóvenes, los ambientalistas, etc.), parece un asunto obligado en cualquier análisis que se quiera jactar de estar más o menos al día, en tiempos que se dicen de extremo cambio, o de lo que se le homóloga, a saber, la globalización.

Pero, ¿con qué nos enfrentamos realmente? ¿Cuál es la dimensión real de los cambios, qué es nuevo y qué no lo es tanto en estos procesos? ¿Cómo aprehender en estos intereses (para algunos más débiles en contraposición con los temas que serían duros, los del modo de producción y las nuevas formas de estratificación social, por ejemplo) algo más que una suerte de moda académica, algo entonces fundado en la materialidad de la historia, sin por ello obviar los elementos subjetivos de los que la escriben desde sus trincheras académicas, más o menos conscientes de sus propias fracturas? Tal y como se verá nuestra posición se aleja del estructuralismo por los excesos *pantextualistas* y *fragmentarios* (Grüner, 1998) de los que adolece. Esperamos haber dejado claro ya, que tampoco proponemos un materialismo vulgar como forma de dar cuenta de estos asuntos. Optamos pues por retomar la lectura que del Marxismo Occidental hacen Eduardo Grüner, sociólogo y profesor de Teoría Política en la Universidad de Buenos Aires, y el propio marxista occidental, Perry Anderson, para desde aquí articular los derroteros del campo que sometemos a reflexión.

La observación más importante quizá que realiza Grüner en la introducción al texto *Estudios Culturales, Reflexiones sobre el Multiculturalismo*, estriba en lo que él llama el progresivo desplazamiento que experimentan las ciencias sociales, en la dirección de una cada vez más débil Teoría Crítica de la Cultura de inspiración marxista, y un cada vez más fuerte desarrollo de los llamados Estudios Culturales con fundamentación en el posestructuralismo. Esto, pudiéramos decir, deviene en importantísimas consecuencias políticas y epistemológicas.

En este último sentido, el autor (1998, pp. 47-48) advierte al programa posestructuralista acerca de que "*referirse a lo real como 'textualidad' es (o debería ser) un obvio recurso metafórico. Pero, justamente, como metáfora lo que debería hacer es llamar la atención sobre el problemático vínculo entre las prácticas sociales, políticas e ideológicas por un lado, y por otro los 'juegos de lenguaje', cuya 'liberación' de significantes puede así ser entendida también – aunque no únicamente, claro – como la 'renegación' (ideológica) de aquel vínculo*". Y luego parafrasea a S. Hall, a su criterio uno de los mejores exponentes de los Estudios Culturales para aclarar su posición. Nos recuerda pues sus palabras en estos términos: "*Pero yo todavía pienso que se requiere pensar en el modo en el cual las prácticas ideológicas, culturales y discursivas continúan existiendo en el seno de líneas determinantes de relaciones materiales (...). Por supuesto, tenemos que pensar las condiciones materiales en su forma discursiva determinada, no como una fijación absoluta. Pero creo que la posición textualista cae frecuentemente en el riesgo de perder su referencia a la práctica material y a las condiciones históricas*" (Stuart Hall: *Critical Dialogues in cultural Studies*, Nueva York-Londres, Routledge, 1995).

En otras palabras Grüner cuestiona la afirmación a nuestro parecer simplista de que no haya nada afuera del texto, y por consiguiente ninguna diferencia entre lo real y el discurso. Esto, que recuerda Anderson (1986, pp. 47 y 55) fue la ruptura posestructuralista liderada por Derrida, y que propugna que "*no hay nada fuera del texto, nada antes del texto, no hay pretexto que no sea ya un texto*", corre el riesgo nos dice él mismo, de degenerar en una especie de "*accidentalización de la historia, pues una vez que el modelo lingüístico se convierte en el paradigma general de las ciencias humanas, la noción de una causa determinable comienza a experimentar un debilitamiento crítico*". Por eso, intelectuales como Spivak identificadas con el posestructuralismo y la Teoría Poscolonial, ven en la evidencia la piedra angular que soporta la presunta verdad histórica que se arroga la historiografía tradicional, y que arguye, como lo hacen los Estudios Subalternos

es urgente deconstruir; mientras que otros de inspiración marxista como Anderson (p. 53), ven en esto la negación de cualquier posibilidad de *entender la verdad como una correspondencia de las proposiciones con la realidad*". Nuestro criterio, ya lo dijimos, se identifica con esta posición.

Aclaremos. A nuestro parecer el mérito del deconstructivismo descansa en haber puesto en entredicho el edificio de la verdad histórica, considerado ahora desde sus puntos ciegos, esto es, desde lo que el discurso hegemónico —el sujeto de la enunciación— escribe y esconde para soportar *su verdad, su historia* —la que puede corresponder muy poco con la del sujeto del enunciado, el sujeto subalterno— y a esto Spivak aporta también lo suyo cuando llama la atención sobre *el carácter irreductible del fracaso cognitivo*, tanto de la historiografía tradicional como del historiador de la subalternidad. Es decir, sobre la imposibilidad de dar cuenta de la realidad en sí misma, libre del reflejo o la percepción subjetiva que de ella tiene el sujeto. En otras palabras, denuncia al objetivismo como vieja quimera superado ya por la lingüística y sus derivaciones estructuralistas y posestructuralistas. Pero donde vemos un mérito vemos también un fracaso. Y en este sentido no se nos ocurre una mejor forma de exponerlo que en las palabras un tanto irónicas, un tanto evidentes de Grüner (pp. 45-47) cuando nos dice: *"Otro peligro que vemos acercarse en los Estudios Culturales es el de la inversión del efecto liberador que en su momento tuvo la actualmente un poco hartante idea de 'textualismo'. A no preocuparse: no nos proponemos iniciar ninguna campaña contra los espectros del profesor Derrida. Pero sí sospechar que, si en una etapa esa noción —generalmente mal entendida, como corresponde— tuvo el valor de llamar la atención sobre el carácter de construcción discursiva y ficcional de los discursos 'naturalizados' de la cultura, ahora corre el riesgo de entrar en connivencia objetiva con la noción generalizada de que el universo sangriento y desgarrado en el que vivimos es una pura 'ficción', un mero 'simulacro' (...) por el cual se elimina —paradójicamente— la 'diferencia', el 'conflicto' entre realidad y representación (...). A*

*uno le dan ganas de amonestar, de decir: señores, entérense de que la Guerra del Golfo sí 'ha tenido lugar', y parece ser incluso que allí sí se ha matado gente. Entérense, quiero decir, de que la lucha de clases, la violencia política y el inconsciente sí existen 'fuera del texto': casualmente son ellos los que constituyen esa 'otra escena' que permite que el texto 'sea'".* Hasta aquí nuestras palabras sobre esta primera reflexión en torno al *pantextualismo*. Nos detuvimos en sus implicaciones epistemológicas, pero sobra decir que también las tiene políticas. Veamos ahora esto con más detenimiento, en particular con lo que antes llamamos los excesos *fragmentarios* del estructuralismo, típicos también de los Estudios Culturales.

Como es bien sabido, los Estudios Culturales datan de mediados de siglo pasado y en sus inicios de forma más clara y firme que en la actualidad, basaron sus supuestos teóricos y su programa político en el marxismo. Esto fue variando por razones que no podemos explicar aquí, pero que ulteriormente devinieron en un punto de quiebre podríamos decir más radical entre ambos, a partir de la crisis de los socialismos reales sucedida en los noventa. A medida que esto pasaba los Estudios Culturales se convertían en un ejercicio cada vez más académico y despolitizado, cuyo vigor teórico y político palidecía en la misma proporción en que *fetichizaba los particularismos* (algo, nos dice Grüner, distinto a su reconocimiento teórico y político), se resignaba a una forma de *pensamiento débil* (expresado por ejemplo en el abandono del concepto de ideología por cargos de universalismo y esencialismo, según el mismo autor), y en general, descuidaba la preocupación por las articulaciones histórico-sociales o político-económicas de los procesos culturales. Por ejemplo la *"categoría de 'clase', que frente a los particularismos étnicos, subculturales o de género, aparece hoy como una pura entelequia 'textual'"* (Grüner, p. 28).

Desarticulando su herencia marxista y articulándose entonces con el posestructuralismo, los Estudios Culturales plantearon preguntas, ya lo dijimos antes, de indudable valor. Pero al mismo tiempo desdeñaron o bien no hicieron otras (Grüner se pregunta si fueron

ideológicamente desplazadas). Es a esto a lo que se refiere el autor cuando dice que *"para nuestro caso, se trata de restituir la pregunta por las relaciones entre los 'fragmentos' (culturales, sociales, textuales, de género, de identidad, etc.) a que son tan afectos los Estudios Culturales, y la totalidad, una categoría cuya devaluación actual 'en abstracto' es, sostendremos, un síntoma de barbarie teórica e ideológica"* (p. 29). Y enseguida agrega que entiende por 'totalidad' el modo de producción en el sentido que le da Jameson.

Desde su perspectiva, que nosotros compartimos, estos intereses, esta *estética de los fragmentos*, son algo más que una suerte de moda académica; son algo fundado en la materialidad de la historia. Sino cómo entender que en tiempos de globalización, cuando por primera vez en la historia están creadas las condiciones de un capitalismo universal (Grüner) —Castells diría global pero no planetario, esto es, con vastas extensiones, personas, grupos no integrados, los 'agujeros negros'—, se recrudescan las críticas a la noción de totalidad, a las grandes categorías históricas y a los 'grandes relatos' (Grüner), al tiempo que se promociona la 'estética del fragmento'. El sistema global como totalidad articulada precisa pues de un pensamiento crítico que interrogue *"las 'tensiones' entre la particularidad y la universalidad, que son, después de todo, las que definen a una cultura como tal en la era de la 'globalización'"* (Grüner, p. 24). Por ende, nos dice, es fundamental que la investigación teórica y la acción política, *"retomen el lugar constitutivo (estructural, totalizador) que sigue teniendo para el sistema la diferencia entre propiedad y no propiedad de los medios de producción"* (Ídem, p. 40).

De lo dicho hasta aquí, nos interesa subrayar que la aproximación al tema de las identidades debiera hacerse en el mejor de los casos, tomando en cuenta la imbricación entre la materialidad y la subjetividad. Y esto, por razones de índole epistemológica como política. Más aún en un mundo tan complejo como el nuestro, donde las brechas sociales se agravan y la exclusión (política, étnica, de género, generacional, *de clase*) se recrudescen, pensamos

que no es dable pensar en sortear el trabajo teórico y el compromiso político, afuera de los márgenes de una teoría renovadamente crítica de la cultura.

#### BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Anderson, Perry (1986). *Tras las huellas del Materialismo Histórico*. Siglo Veintiuno Editores, España.
- Grüner, Eduardo (1998). *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Paidós, Buenos Aires.
- Spivak, Gayatri (1999). "Los estudios subalternos. La deconstrucción de la historiografía". En: *Feminismos Literarios*. Madrid.

